



# EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9842

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 25 DE AGOSTO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Co-responsables en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

## HUERTA Y JARDINES

**Gran surtido en herramienta agrícola**  
arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, lezonas, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, bombitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, macetas y macetones en diferentes y artísticas clases, pedestales, jardineras, caprichos de surtideros, sillitas, bancos, mesillas y mecedoras, amacas, mueble utilísimo y de exquisito confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL  
—PUERTA DE MURCIA, 38, 40 y 42.

## LA VIDA EN UN BESO.

Los últimos rayos de luz disipábanse en el espacio; en el azulado cielo comenzaban á brillar millares de estrellas en derredor del brillante lucero de la tarde, y allá en el límite del horizonte iba apareciendo poco á poco una luna de decorativa tamaño y de color sanguinolento.

El ligero viento que soplaban, hacía que las copas de los corpulentos árboles al cimbrearse gallardamente, pretendiesen besar la tierra y que las flores, al columpiarse en sus endeble tallos, impregnasen el ambiente de sus purísimos y embriagadores perfumes.

Era una noche de las más hermosas y apacibles de la primavera, y la luna que había dado ya algunos pasos en su carrera, campeaba por un cielo diáfano y estrellado, arrojando á torrentes sobre la tierra, su tesoro de luz pura y argentina. El majestuoso silencio que reinaba, sólo era interrumpido alguna que otra vez por el ladrido del perro, siempre dispuesto á dar la voz de alarma al pastor que mientras duerme para reparar sus fuerzas, deposita en él su confianza.

En el centro de una dilatada campiña, cuyo límite se pierde con la distancia, levantábase el suntuoso monasterio de San Cayetano y el que, envuelto aquella noche por las sombras, parecía enorme silueta. A la congregación de religiosos que lo habitaba pertenecía Fray Remigio, hombre que apenas contaba treinta años, de elevada estatura, tez morena y ojos negros y brillantes; usaba barba y su poblado bigote con guías atusadas daban á su rostro un aspecto varonil y elegante.

Antes de ingresar en San Cayetano había profesado con entusiasmo el arte de la pintura y verdaderamente tenía el tipo del artista soñador. En los primeros años de su profesión se dedicó á la pintura de retratos, adquiriendo justísima celebridad; pero aspirando después á más altas producciones emprendió con ardor el estudio de las obras maestras, lo cual hizo que ganase mucho en corrección y perdiese algo de originalidad é inspiración.

Amó en su juventud á Luisa que

era una mujer elegante, esbelta, de cabellos rubios y sedosos; tenía afilada la nariz, pequeña y sonriente la boca que al entreabrirse, ponía de manifiesto dos hileras de blancos y menudos dientes, el cutis era aterciopelado, azules los ojos, flexible el talle, el busto escultural; una mujer, en fin, seductora con no estudiada sencillez.

Contrariado Fray Remigio en su pasión amorosa cuando más seguro estaba de su triunfo, resolvió alejarse de la sociedad cuyo trato sin esperanzas de poseer el objeto amado, le mortificaba grandemente. Abrazó la vida del claustro sin comprender que al renunciar por un arranque de despecho á la mujer que amaba con todas las fuerzas de su corazón, era guiado por el amor que aun le restaba. Pensó vengar su agravio y se sacrificó sin saberlo; su venganza era todavía amor.

La inmensa mole del monasterio estaba rodeada por un extenso jardín donde reinaba un profundo silencio interrumpido únicamente por el incesante cantar de multitud de pajarillos que tenían por morada los corpulentos árboles que en él crecían.

La celda del pintor que era espaciosa y á la que servían de adorno infinidad de lienzos con retratos de imágenes, el caballete, la caja de colores y su modesto ajuar, recibía la luz por una ventana que daba acceso al jardín.

Cerca de un mes hacía que Fray Remigio trabajaba sin descanso para terminar una Purísima que estaba pintando, pero por un pequeño detalle impedía terminarlo, detalle que su pincel no lograba imprimir en el lienzo con la perfección á que él aspiraba, y que consistía en dar á la imagen la debida expresión. La obra no tocaba á su término por que en aquel rostro aparecía siempre una sonrisa, y cuantas veces borraba Fray Remigio las líneas trazadas, otras tantas se resistía su pincel á trazar las que había impresas en su imaginación.

—¡Y siempre me han tenido por un gran artista! ¡ilusión!

—Si así fuese, ¿cómo había de andar tan torpe mi pincel para trasladar al lienzo tan pequeño detalle? ¿Dónde están el talento y la inspiración, ni de qué sirven cuando son impotentes para grabar en el lienzo con huellas indelebles cuanto crea y forja la imaginación?

Con este monólogo terminaba siempre el trabajo Fray Remigio, y jamás dejaba de llamarse torpe é inepto para el arte que tanta gloria le había dado.

Triste, pensativo y como si á su cerebro se agolpasen las ideas en furioso torbellino, salía el fraile de su celda y se encaminaba al jardín, dispuesto á calmar su habitual estado de excitación, pero nunca conseguía su objeto, pues su calenturiento cerebro le hacía volver nuevamente al trabajo, para que se reanudase aquella lucha que tenía algo de catástrofe para el artista, toda vez que cifraba su gloria en vencer su impotencia terminando aquel cerebro.

Una de las tardes que esperaba

conseguir su objeto, le sorprendió la noche trazando líneas y borrándolas después. Aquella noche fue de vigilia, y trabajando sin descanso le sorprendió el día, que era uno de los más hermosos y risueños de la estación de las flores, época en que la naturaleza, sumida aún en pasajero letargo, parece revivir como para indemnizarnos de los rigores del invierno; el azulado cielo mostrábase terso y exento de nube alguna que impidiese que los rayos de un sol espléndido penetrasen por entre las entrelazadas ramas de los árboles, donde multitud de pajarillos trinaban saludando al nuevo día.

Fray Remigio, después de orar largo rato ante la imagen del Redentor que adornaba su celda, reanudó el trabajo que la noche le había interrumpido, y su pincel torpe durante tanto tiempo, ahora trazaba con pasmosa precisión cuantas líneas había impresas en el cerebro del artista. ¡Por fin había vencido en su empeño! ¡Ya no debía llamarse profanador del arte!

Pocos momentos después quedó terminado aquel cuadro... pero ¡el lienzo no representaba á la Purísima! Ponía de manifiesto el rostro de Luisa; el de aquella joven que antes el artista había terminado y que quedó habilmente terminado.

Concluida la obra por completo, el fraile la examinó detenidamente mirando el rostro de Luisa con el mismo cariño que lo había hecho tantas veces en su juventud, pero al cruzar su mirada con la inmóvil y tenaz de Luisa, que lo seguía á todas partes, su semblante mudó de color; la palidez de su rostro, sus ojos que aparecían hundidos por los amoratados círculos que les servían de límite, y sus pupilas que semejaban dos chispas de fuego, ponían de manifiesto algo de extraordinario en la ya quebrantada naturaleza de Fray Remigio.

En un arranque de entusiasmo cogió el artista el cuadro que representaba á Luisa con su pícaro y sonriente rostro, y su corazón enamorado hizole estampar en aquella imagen un ardiente beso.

Cuando los religiosos de San Cayetano levantaron el cuerpo inerte de Fray Remigio, vieron el fruto de sus afanes y vigilia; ¡su cuadro! casi cubierto de sangre.

Era la que el artista arrojó al estampar en el rostro de su amada, aquel beso que cortó el hilo de su existencia.

JUAN MALO.

## POESIA INEDITA

A mi ilustre amigo D. Ricardo Vincenti, Director general de instrucción pública.

(Ante la miseria de los pueblos de Málaga)

## IMPROVISACION

Aun llenas las retinas de expiendores de fiestas brillantísimas; sonando en mi anhelante oído los rumores de veladas alegres, con que puebla

la deliciosa Málaga sus noches estrelladas y cálidas; de niebla (fondo viendo vestirse el mar, que allí en el sobre su cona de corales flota; desde una piedra rota como está el alma, tónto contemplo en la desolación de estas colinas, de cien lugares el caído templo, de cien campos el luto y las ruinas.

Tended, ilustre amigo, la desolada vista á estas regiones, vos, que desde la altísima eminencia á que os llevó vuestra probada ciencia estáis acostumbrado á dominar gigantes extensiones, y ved como sucumben de improviso dentro del tiempo las terrenas glorias, ¡que ayer esta región fue un paraíso, y hoy essombra no más de sus memorias!

En estos pueblos que postrados gimen, fue donde del racimo dulce y tierno que el labriego pisaba en los lagares, salió un vino más rico que el Falerno digno por su sabor y nombre eterno de oticiarse con él en los altares.

Aquí enajó la espiga en vez de trigo, gránulos de oro, y el sudor del trabajo y la fatiga se convirtió en magnífico tesoro.

Tendieron las cañadas sobre el claro cristal de las albercas doseles de granadas; y rebosaron las lujosas cercas cálidas con pistilos como ajorca, manzanas por el sol arboladas, penachos de morzocas pulcheros en racimos como borlones de esmeralda hermosos, y duraznos opimos, y cernieñas sabrosas, y membrillos, del huerto gloria y gala, y cascadas espléndidas de rosas, y claveles cual luces de bengala.

Así este campo, que el dolo encierra, desbordaba el prolífico regazo, y en paz el alma y el hogar sin guerra, parecía la tierra rodearse á sí misma en un abrazo!

De las rejas al pie, la gente moza entonaba al amor bellos cantares; sonaban los platillos de las fiestas lo mismo en el palacio que en la choza; populares orquestas iban repercutiendo por las calles, y el júbilo templaba la guitarra (sombra mientras que dió con sus sarmientos á un andaluz bullicio cada parra.

De los pasados días solo quedan recuerdos entudados; doquier casas vacías; huertos abandonados; cañadas sin agrestes armonías.

Los pájaros viniendo del Estrecho en vano buscan el abrir las plumas la antigua torre y el antiguo techo; y al recorrer los tristes pavoramas sin regalar el aire con sus trinos, se paran en los áridos espinos por no haber hojas ni flotantes ramas llenas de luz y cálidos divinos.

El hombre amarillea en los semblantes lánguidos y tristes; en los ojos el rayo no chispea, huyó la gracia de la lengua viva que era buril para tallar la idea, y hasta las aguas, trenza fugitiva que penetró en los huertos serpeando, hechas arroyos, á la mar esquivan como lirás de cristal llorando.

Como cayeron de las verdes copas de las aves, deshechos, los hogares, cayeron de estos labios á estas bocas los collares de coplas y cantares.

El árabe instrumento no hace vibrar sus notas regaladas (to; como un enjambre armónico en el viento es ataud con cuerdas desempladas en donde van las alegrías muertas por pálidos jazmines coronadas.

Y en tanto que estos pueblos desfallecen, en la ciudad el fraude y el engaño

y al bandidaje y la impostura acrecen; ¡ella es el lobo cuyas fauces crecen, y estos pueblos sin fé son el rebaño!

¿Dónde está la justicia que dá por premios al ladrón osado lujosa carretela, y al pobre resignado entre hierros oprime y encarcela? Ciego de indignación el pecho cruje viendo triunfar al vilipendio infame: si el domador sus amenazas ruje, á nadie asombra que la fiera brome. ¡Ay si en exceso de furor sublime el tigre su prisión muerde y desgarral ¡ay si rompe la jaula que le oprime, y hacia el vil domador tiende la garra!

SALVADOR RUEDA.

Benaque Agosto del 94

## TIJERETAZOS

Dice un colega que el porvenir es del cristal.

Frágil va á ser entonces el porvenir. A bien que dándole al cristal el color correspondiente, puede resultar un porvenir de color de rosa.

El dueño de la casa donde están instaladas las escuelas de Caspe, se ha quejado al gobernador porque el ayuntamiento le debe quince mensualidades. ¿Quince no más y se queda? Los ayuntamientos pagaban esas cosas? Esas eran las costumbres antiguas.

Ahora no se paga el material ni el personal y les va muy bien á los ayuntamientos.

En Zaragoza se ha disparado un tiro un hombre arrodillado frente á un crucifijo.

Decididamente hay en el mundo muchas clases de locuras.

Y esas manías por el suicidio son terribles.

En la línea de Arcos á Bordas, en la provincia de Cádiz, unos individuos han echado á tierra veintitrés postes telegráficos y se han llevado seiscientos metros de alambre.

Para los ladrones todo aprovecha. Y lo mismo toman la ropa puesta á secar en los terrados de Barcelona, que el alambre de una vía telegráfica andaluza.

La cuestión es que les dejen hacer, pues por ellos no queda.

Por cuestión de un pleito le han dado unos palos á un abogado de Madrid. Y por poco la parte agresora parte por medio al hombre de ley.

La opinión se pronuncia contra los pleitos.

Dice «El Imparcial»: «La policía visitó anoche un casino céntrico donde se suponía que se jugaba á los prohibidos.»

¡Boberia! Habiendo libertad para arruinarse jugando al burro ¿quién va á exponerse á que lo lleven á la cárcel por jugar al monte?

Leemos: «Noches pasadas fue robada en Barcelona la espada de la estatua de bronce del almirante aragonés Roger de Lauria, emplazada en el salón de San José.»

Lo mismo la habrían robado en el gabinetito.

Son ya tan atrevidos los ladrones que el día menos pensado se llevan el pincel de Sta. Lucía con peana y todo.